

Bosch, en el que la investigación de un asesino en serie se mezcla con la búsqueda del heredero de un millonario con mala conciencia. Por último, tengo que reconocer que me lo pasé bomba viendo *Suburbicon*, una película de George Clooney, en la que se hermanan el cada vez más depurado sentido de la comedia del actor-director con un esperpéntico guion de los hermanos Cohen. Si quieren liberarse un poco del empalagosos espíritu navideño, no se la pierdan.

2. Hispanoamérica

Las cosas tienen consecuencias. Desde hace años vengo afirmando que buena parte de los premios literarios que se conceden en España a obra inédita adolecen de alguna modalidad de amaño. Consecuencia: con alguna pequeñísima excepción, ninguna editorial me invita a formar parte de sus jurados. Si uno se atreviera a decir, por ejemplo, que la FIL de Guadalajara está un poco sobrevalorada, supongo que se arriesgaría a que su nombre “se cayera” para siempre de las listas de participantes, de modo que, por esta vez, no diré nada. Un día les contaré mis experiencias allí, incluida alguna anécdota sustanciosa, como que en va-

rios puntos de información bibliográfica me dijeron que “el sistema” no reconocía a un tal Jorge Luis Borges, o que en el faraónico *stand* de Penguin Random House nadie había oído hablar de la estupenda escritora argentina Samanta Schweblin, publicada en España por —adivinen— Penguin Random House. En todo caso, la feria sirve para muchas cosas: para comprobar, por ejemplo, que las literaturas latinoamericanas siguen viviendo de espaldas unas a otras y que España sigue funcionando como el punto de encuentro de quienes no hacen mucho por encontrarse, a pesar de la calidad de sus literaturas. También aproveché mis insomnios aéreos durante el larguísimo viaje a la FIL (unas 30 horas ida y vuelta) para leer cosas interesantes: la magnífica —y me quedo corto— síntesis *Ruptura* (Alianza), en la que Manuel Castells traza, en mi opinión, el diagnóstico más certero de la “crisis de la democracia liberal” en nuestro país y de cómo se ha llegado adonde estamos (incluyendo el examen del papel del PSOE en los últimos años y del “conflicto” catalán), y *Los escritores vagabundos*, un ensayo de Philippe Ollé-Laprune publicado en México por Tusquets (pero que no figura en el catálogo español del sello de Planeta) acerca de los exilios —más o menos voluntarios— de

importantes escritores que cruzaron el Atlántico en uno u otro sentido, y del influjo que en su obra tuvo el contacto con los países de acogida.

3. Pontífices

Entre los casi tres centenares de individuos (y, quizás, alguna individuo) que han ocupado la cátedra de San Pedro desde sus orígenes hasta el actual y dicharachero inquilino argentino, ha habido de todo: santos (la mayoría) y supervillanos, castísimos y rijosos, políticos maquiavélicos y mecenas de las artes, ambiciosos, magnánimos, austeros (los menos) y derrochadores. John Julius Norwich (1929), un popular historiador británico conocido entre nosotros por sus libros sobre Venecia, Bizancio o el Mediterráneo, traza en *Los papas* (Reino de Redonda) una amenísima historia del paso de los sucesores de Pedro por este valle de lágrimas. Norwich, que sabe comunicar muy bien lo que sabe, es vizconde de Norwich, duque de Redonda (nombrado directamente por su conspicuo monarca) y yerno de Anthony Beevor, quien, por cierto, es el autor del prólogo. Un libro estupendo para regalar en estas fiestas.

IDA Y VUELTA



ANTONIO MUÑOZ MOLINA

Novela del fugitivo y de la isla

En los primeros años treinta, casi todos los extranjeros que llegaban a Ibiza iban huyendo de algo o escondiendo algo. Ibiza, en 1932, en 1933, era o parecía un lugar fuera del mundo, detenido en el tiempo, no en una fecha del pasado, sino en una intemporalidad que podía ser la del Mediterráneo antiguo o la de un reino intocado de la naturaleza. Una o dos veces por semana llegaba un barco al puerto y los isleños se congregaban en el muelle para ver a los extranjeros que bajaban por la pasarela. Algunos venían con un propósito claro, y otros no. Una vez llegó un alemán muy alto y muy joven que hablaba fluidamente catalán porque lo había aprendido en el departamento de Filología Románica de su universidad. Quería hacer la tesis sobre el vocabulario de los enseres y la vida cotidiana en las casas de la isla. Lo señalaba todo y preguntaba el nombre de cada cosa y lo apuntaba en el cuaderno que llevaba siempre consigo. Las casas como bloques cúbicos de sal de la isla también venían a visitarlas arquitectos vanguardistas, que se quedaban subyugados por la pureza de formas y la racionalidad extrema de aquellos edificios levantados por campesinos y canteros y maestros de obras que no sabían leer ni escribir y sin embargo inventaban variaciones siempre originales de modelos constructivos milenarios, usando la piedra, el ladrillo, la cal con más eficiencia y más belleza que la del cristal o el acero.

Otro alemán raro y solitario había aprendido a manejar una barca para la pesca de la langosta y a cazar lagartijas de especies autóctonas que vendía a laboratorios y a proveedores de terrarios de toda Europa. Pero la gente se fijaba en que estaba siempre midiendo con una sonda la profundidad del agua en diferentes calas y bahías. Se corrió el rumor de que era un espía. Algunos extranjeros se congregaban en los pocos bares y fondas que había entonces en la isla. Otros buscaban la soledad en los parajes despoblados de la orilla del mar o en casas perdidas en el interior. Habían llegado a Ibiza huyendo y una vez allí continuaban la huida. Un pintor noruego que era nieto de Paul Gauguin y se llamaba como él parecía huir en vano de la sombra enorme de su abuelo. Un francés misántropo y desquiciado era el asesino de Jean Jaurès y no había dejado de huir de un sitio a otro desde que cometió su crimen en 1914. Más de una vez se cruzaría con él por las veredas del campo otro fugitivo de pelo crespo y gafas redondas de miopía que vestía siempre con una menesterosa formalidad y era Walter Benjamin.

Uno ha de tener la suerte de que le lleguen las historias que le corresponde escribir. Las mejores no surgen en la imaginación, sino que vienen desde fuera y se presentan de manera objetiva, con la autoridad inapelable de lo que



De izquierda a derecha, Jean Selz, el pescador Frasuquito, Walter Benjamin (con gafas) y Paul Gauguin (nieta), en Ibiza en 1933. IMAGEN DEL LIBRO 'EXPERIENCIA Y POBREZA' DE VICENTE VALERO

“Empapado del conocimiento de Ibiza y de la biografía y obra de Benjamin, Vicente Valero ha hecho suya la novela del autor sin inventar nada

descubrimiento la experiencia vivida. El mundo de uno ahora puede verse a la luz de la llegada de un extranjero. La realidad tangible, confinada a veces hasta el tedio, se ve ahora en la perspectiva del tiempo anterior a la propia vida y a través de los ojos de alguien para quien estos mismos escenarios que el nativo ha visto siempre son un espacio inaudito, una isla de la mitología o de la literatura. No hay historia más perfecta que la de la llegada de un desconocido a un espacio cerrado y para él lleno de enigmas, una

ciudad, una casa, una isla. Quienes lo ven llegar averiguan o imaginan cosas certeras sobre él que él mismo no sabe. Los isleños, dice Valero, ponían motes casi siempre sarcásticos a los extranjeros y se fijaban en sus peculiaridades con una perspicacia afinada por la extrañeza. Una mujer que vio de niña a Benjamin en Ibiza recordaba que sus gafas eran tan redondas “como ruedas de bicicleta”. En su segunda visita a la isla, en 1933, era tan pobre e iba tan mal vestido que le pusieron de mote “el miserable”.

En el repertorio de desplazados que dibuja Valero, con precisión de investigador y aliento de novelista, Walter Benjamin parece el más fuera de lugar de todos. En 1932, cuando llega por primera vez a Ibiza, el heredero de la poesía urbana de Baudelaire, el caminante de las metrópolis europeas modernas, de Berlín y París, descubre un mundo que parece haberse mantenido a salvo de la devastación uniformadora del capitalismo. En la isla donde no hay anuncios luminosos verticales ni cláxones de coches, escucha un silencio que hace posible la perduración de las antiguas narraciones orales y el recogimiento necesario para la percepción de las cosas, para el recuerdo, para la lectura y la escritura. En Ibiza, Benjamin encuentra la lejanía necesaria para recobrar las limpias impresiones de su infancia en Berlín hacia 1900.

Pero no hay refugio contra el fragor criminal de los tiempos. Cuando Benjamin vuelve a Ibiza en 1933, Hitler ya ocupa el poder en Alemania y él no es un viajero, sino un exiliado que no puede volver a su país y no tiene de qué vivir. Estudiando sus cartas y los testimonios de quienes estuvieron con él, Vicente Valero esboza con delicadeza y comprensión admirables un retrato de abrumadora melancolía. No necesita exhibirse en primera persona para estar presente en lo que escribe. Escribe empapado del conocimiento de su isla y de la biografía y de la obra de Walter Benjamin y del fondo de tristeza que puede haber en cualquier vida. Hay una historia de amor que no se sabe si llega a cumplirse y una despedida que ya no tendrá regreso. Vicente Valero ha hecho suya la novela de Benjamin sin la menor necesidad de inventar nada.

Experiencia y pobreza. Walter Benjamin en Ibiza. Vicente Valero. Periférica, 2017. 240 páginas. 18 euros.